

ALFAGUARA



Hernán Rivera Letelier

El Fantasista

*A Oscar Báez, por mantenernos vivo
el recuerdo de Coya Sur.*



I

Fue un lunes de octubre cuando aparecieron caminando por en medio de la calle desierta. Era la hora de la siesta en la pampa. En el aire no corría un carajo de viento y un sol de sacrificio fundía los ánimos de todo lo que respirara sobre la faz de la tierra.

El hombre y la mujer avanzaban silenciosos bajo la incandescencia del cielo.

Él venía delante, y ella, dos pasos atrás; ella cargaba una pequeña maleta de madera con esquinillas de metal, y él traía una pelota de fútbol bajo el brazo, blanca y con cascotes de bizcochos (de entrada supimos que era una de esas profesionales).

Los quedamos mirando sorprendidos.

El hombre vestía una camisa tropical, un pantalón demasiado ancho para su talla y zapatillas de lona, y llevaba la pelota igual que los arqueros en los desfiles de inauguración de campeonato. Aunque demostraba tener unos cuarenta años, y parecía cojear levemente de no se sabía cuál de sus piernas arqueadas, caminaba con la actitud y la pachorra de un *crack*. Además, cosa extraña para nosotros, llevaba un cintillo en la frente. Detrás suyo, delgada y pequeña, mucho más joven que él, su melena roja ardiendo bajo el sol, la mujer lo seguía con una mansedumbre de animal doméstico. Él traía el rostro bañado en sudor, ella no transpiraba una sola gota.

—Esos dos parecen empampados —dijo alguien entre nosotros, tal vez el Cocata Martínez, que trabajaba en la fábrica de hielo y paletas de helado.

La calle Balmaceda, por donde entraron, era la calle del comercio y la entrada principal del campamento (Coya Sur tenía sólo seis calles, y las seis de tierra). Pero ellos no aparecieron por el lado de la pulpería, que era por donde se llegaba desde las demás salitreras, sino por el lado de la Biblioteca Pública. Y eso significaba una sola cosa: que la pareja de aparecidos venía caminando, a pleno sol, desde la mismísima carretera Panamericana, distante unos cuantos kilómetros hacia el oriente.

El hombre y la mujer cruzaban frente a la cancha de rayuela cuando fueron envueltos por un intempestivo remolino de arena; uno de esos remolinos gigantescos que aparecían bramando por cualquier lado, haciendo batir con estrépito puertas y ventanas, desparramando la basura de los techos y ovillando el ecuménico hastío de la tarde pampina.

Ellos sólo atinaron a detenerse y cerrar los ojos: la mujer afirmándose las polleras sin soltar la maleta; el hombre con la pelota bajo el brazo, las piernas abiertas en compás y la cabeza gacha, lo mismo que un futbolista recibiendo instrucciones para ingresar a la cancha, o como el hermano Zacarías Ángel orando en la calle antes de largarse a predicar el advenimiento de la segunda venida de Cristo.

Cuando el remolino terminó de pasar y se perdió por el lado del Rancho Huachipato (donde segundos antes los cuatro electricistas del campamento, como cuatro ánimas de mediodía, acababan de entrar, sigilosamente, en fila india), el hombre y

la mujer abrieron los ojos, escupieron arenilla, se sacudieron un poco la ropa y siguieron su camino.

En realidad parecían no ir a ninguna parte.

Media cuadra más adelante, atraídos tal vez por el bolero de José Feliciano que bostezaba el wurlitzer —y que amelcochaba aún más la canícula de la siesta—, se detuvieron ante las puertas de la pastelería Ibacache, justo enfrente de nosotros. Ahí se dejaron caer descoyuntados, adosando sus espaldas a las tibias calaminas del frontis. Aunque hasta ese momento no habían cruzado una sola palabra entre ellos, la mujer, que no dejaba de mascar chicle y hacer globitos rosados, daba la impresión de ser mucho más silenciosa y desvalida que él. En su actitud había un aire casi de penitencia.

Nosotros nos hallábamos sombreando bajo el alero de cañas del Rancho Grande, capeando el calor con los helados que nos había traído el Cocata Martínez y comentando las incidencias del partido del día anterior (los Cometierra de nuevo nos habían ganado). Y, por supuesto, conjeturando, calculando y prediciendo qué cresta iría a pasar el próximo domingo en el partido de vuelta. Lo único claro para todos era que ese día teníamos que ganar como fuera, aunque en ello dejáramos la vida. Y es que se trataba de nuestro último encuentro como local, la última vez en la vida que jugaríamos en nuestro reducto. En definitiva, para nosotros este representaba el último partido de fútbol antes del fin del mundo.

Sentados en la vereda, tras descansar un rato, los recién llegados comenzaron a ejecutar un extraño rito. Mientras él se desvestía y se quedaba

en pantalones de fútbol —verdes y demasiado anchos también para su cuerpo—, ella tomó la pequeña maleta, la acomodó en su falda y, con la prolijidad y la unción de estar presidiendo una ceremonia litúrgica, comenzó a extraer algunos objetos que fue ordenando metódicamente en el suelo.

Sacó primero un par de zapatos de fútbol; luego, un par de medias enrolladas; después, unas vendas sucias y amarillentas; una muslera, y, por último, una cajita de salicilato.

Sin darse cuenta, o importándole un zunchito la presencia de los primeros niños que observaban curiosos, el hombre se tendió de espaldas en el suelo —ahora con la pelota de almohada—, para que ella, luego de untar sus manos con salicilato, comenzara a masajearle las piernas, primero con suavidad y luego de manera enérgica. Después procedió a vendarle cada uno de los pies, le puso las medias a rayas verdes y blancas, le colocó la muslera en la pierna izquierda, y, antes de calzarle y abrocharle los botines, de esos con estoperoles (en la pampa sólo usábamos con puentes), aunque se veían como recién lustrados, les sacó brillo con el ruedo de su falda gitana.

Cuando el hombre se puso de pie y se quitó la camisa con palmeras y soles anaranjados, vimos que debajo llevaba una camiseta del Green Cross, el equipo profesional.

Mientras los niños miraban atónitos y maliciosos cómo él comenzaba a ejecutar algunas elongaciones más bien suaves, la mujer sacó de la maleta una cajita de Ambrosoli, de esas de lata, con un papel pegado que decía «contribuciones». Luego extrajo un seboso pliego de cartulina doblada

en cuatro, con fotos y recortes de prensa pegados con chinchas, que desplegó y extendió en la vereda junto a la caja.

Preparada la escenografía, el hombre se acomodó el cintillo, se estiró las medias y se ordenó la camiseta dentro del pantalón. A continuación se apartó con la pelota hacia el centro de la calle.

El sol le cayó encima amarillo y espeso como un derrame de aceite caliente.

Después del remolino, el aire había vuelto a quedar vaciado de viento y lo único fresco que se veía era la sombra huidiza de unos jotes planeando en círculos contra la pavorosa luz del cielo.

Parado en la calle, el hombre apretó la pelota como verificando la cantidad exacta de aire, miró hacia el cielo —tal vez no creyendo que el sol quemara tanto—, se persignó con la liviana gravedad de los futbolistas (mientras lo hacía, la sombra de un jote lo cruzó por encima), lanzó la pelota hacia arriba, la amortiguó con la cabeza al mejor estilo de Pelé, y comenzó a hacer sus increíbles malabares de futbolista de circo.

Nosotros nos quedamos pasmados.

Hasta ese momento, los que nos hallábamos a la sombra del Rancho Grande, los primeros en verlos llegar, habíamos seguido cada uno de sus movimientos con una especie de curiosidad distendida, relajada, sin siquiera cambiar de posición en la larga banca de madera que nos servía de seatadero. Ni cuando arreció el remolino nos movimos de nuestro sitio (para nosotros, los remolinos eran pan de cada día), sólo habíamos cambiado de tema para comentar sus fachas de titiriteros y hacer presunciones sobre quién sería, de dónde ven-

dría y a qué crestas se dedicaría ese par de pájaros nunca antes vistos por estos pagos. Pero cuando el hombre comenzó la demostración de sus habilidades con la pelota, nos levantamos de un salto y fuimos a engrosar el ruedo de gente boquiabierta que ya se había formado a su alrededor.

Con las manos encogidas a la manera de las grullas —pose característica de los jugadores técnicos— y la mirada brillante de los fanáticos, el hombre exhibía su maravilloso dominio de la pelota tocándola con sensibilidad de artista, «con la suavidad y delicadeza con que se acaricia a la novia de infancia», como solían decir en la radio los más líricos relatores deportivos. «¡Con la suavidad y delicadeza con que se toca un bubón en las ingles!», repetiría en los días siguientes nuestro Cachimoco Farfán, el loco que a la orilla de la cancha, con un tarro de leche aportillado a guisa de micrófono, relataba los partidos domingueros y alegraba las fragorosas pichangas de las tardes pampinas.

El hombre era un virtuoso de la pelota.

La tocaba diestramente con ambos pies, con la cabeza, con los hombros, con el pecho, con las rodillas; en un gesto técnico exquisito le daba de taco, de empeine, de revés; se la llevaba a la cabeza, la dejaba quieta en la frente, se acuclillaba con ella, se la pasaba a la nuca, se tiraba de bruces al suelo; en un movimiento de cuncuna la hacía bajar por la espalda, la volvía a la nuca con un corcoveo cortito y después se incorporaba equilibrándola en la frente como si se tratara de una paloma dormida. «¡Como si fuera una redonda hernia necrosada!», diría luego Cachimoco Farfán que, por haberse chalado mientras estudiaba medicina, mezclaba

términos deportivos con nomenclatura médica. Y todo ese malabarismo asombroso, el hombre lo ejecutaba con el garbo y la elegancia de un actor consumado, sin que la pelota se le cayera o se alejara siquiera un poquito de la órbita de su cuerpo. «¡Como si este papilomatoso la tuviera amarrada con una pitita, queridos radioescuchas, o como si fuera una pelota viva, amables pacientes, una pelota amaestrada, enseñada, hipnotizada!».

Al terminar su número, bañada la cara en sudor (ahí entendimos que su cintillo araucano era para que no le escurriera a los ojos), el hombre, bufando como un toro cansado, se puso la pelota bajo el brazo y se dobló aceitosamente en una reverencia que repitió con gran histrionismo hacia los cuatro puntos cardinales. La mujer, que hasta entonces había permanecido todo el tiempo viéndolo con una mirada ausente, haciendo unos globos de chicle que resultaban tan sonámbulos como ella, se paró a enjugarle el rostro con el pañuelo de seda que llevaba al cuello.

Nosotros aprovechamos ese momento para acercarnos a ver las fotos de la cartulina y leer con avidez qué cosa decían los recortes de diarios.

En verdad, los reportajes no decían mucho. El tenor de todos era casi idéntico. El hombre, al que denominaban «Fantasista del balón», se llamaba Expedito González; era oriundo de la ciudad de Temuco, había asistido de invitado a un par de programas de televisión, y ahora andaba de gira por el norte del país «haciendo las delicias de la gente con sus extraordinarias habilidades». Algunos recortes, ya orinados por el tiempo, pertenecían a diarios de la capital y otros a las ciudades

y pueblos recorridos. De la media docena de fotos, dos fueron las que nos impactaron y terminaron de convencer de que el cristiano que teníamos frente a nosotros era un profesional del fútbol. Una en donde salía cabeceando la pelota en la pista de ceniza del Estadio Nacional, repleto de gente, y otra en que aparecía posando en cuclillas en medio de Chamaco Valdés y Carlitos Caszely. Nada más y nada menos.

Y fue el Pata Pata, el cojo encargado del Sindicato de Obreros, el que de pronto dijo lo que todos nosotros estábamos pensando: que ese casposo —así trataba él a todo el mundo— nos había caído por la chimenea; que con él jugando de centro *forward* el domingo próximo le podríamos sacar la cresta a los Cometierra.

Por su parte, don Celestino Rojas, nuestro pechoño y vitalicio presidente de la Asociación de Fútbol, caído en piadoso arrobamiento, musitó, casi rezando, que el Fantasista de la pelota blanca era propiamente nuestro salvador, algo así como un enviado de Dios.

—Este hombre es el Mesías —dijo.

A los cabrones de María Elena les decimos los Cometierra porque allá están instalados los molinos que trituran el caliche y, por consiguiente, están condenados a respirar y tragar, día y noche, una nociva nube de polvo que como una densa neblina sucia se cierne sobre las casas y las cosas. Como desquite, porque en nuestros territorios tenemos el cementerio —donde ellos también vienen a enterrar sus finados—, a nosotros

nos llaman los Comemuertos. Y la rivalidad entre Cometierras y Comemuertos, paisanito, es legendaria en la pampa. Lo ha sido desde siempre, desde que María Elena (alias «María Polvillo») se llamaba Coya Norte, nombre que uno de sus administradores gringos, en un póstumo acto de amor y consagración, le cambió en honor a su esposa, Mary Helen, muerta en un trágico accidente en la flor de su vida. Aquí habría que decir al tiro —porque no lo vamos a negar de ninguna manera— que María Elena es más importante que Coya Sur en casi todos los aspectos, tanto así que el domicilio de los peces gordos de la compañía se encuentra en su área, como en su área también funcionan las oficinas de servicio público, y la escuela secundaria, y el banco, y la casa parroquial. Y, para envidia de nuestros niños, los pocos circos capitalinos que una vez al año, huyendo de las lluvias sureñas, se vienen de gira por estas sequedades, por supuesto que es en sus terrenos donde levantan sus carpas de colores e instalan sus jaulas de animales amaestrados. Allá también llegan —y esto es lo que más nos acabrona, paisanito lindo— las más pintadas y perfumadas putas que vienen a ejercer a la pampa desde los puertos cercanos. Sin embargo, y pese a todo, nosotros contamos con el orgullo legítimo de decir que Coya Sur es el más hermoso campamento de la pampa y sus alrededores. Ese es nuestro más orondo engrimiento. En ninguna otra oficina salitrera, por ejemplo, tienen un reloj como el de nuestra pulpería, con esa cúpula de estilo árabe que recuerda los cuentos de Simbad el marino, y trae a la imaginación lugares de nombres tan exóticos como

Estambul o Bagdad, lejanas ciudades maravillosas que sólo vemos en el cine, en esas películas de alfombras voladoras y lámparas mágicas. Pero lo que más nos gusta y enorgullece de este reloj —que fue importado desde la mismísima Inglaterra por allá por el mil novecientos once— es que fue adquirido por suscripción popular. O sea, para que la cosa vaya quedando clara desde ya, hay que decir que nuestro reloj fue comprado y pagado con dinero de los propios bolsillos de los coyinos. Sí señor. Aunque en este campamento todo es más pequeño —tenemos una pequeña biblioteca, una pequeña parroquia, un pequeño cine—, nos damos en cambio el lujo, inapreciable en un desierto tan estéril como este, de tener nada menos que dos plazas: la Plaza Cuadrada, de los juegos infantiles (con una tortuga gigante en cuyo caparazón centenario los niños se montan felices de la vida), y la sombreada Plaza Redonda, cuyo quiosco de las retretas, rodeado de pimientos y algarrobos —únicos árboles que se dan en la zona—, constituye el lugar ideal para los enamorados de todas las tendencias, edades y pelajes. Además, aquí está también la fábrica de hielo y paletas de helado, única en todo el Cantón Central, y que abastece a cada una de las oficinas circundantes. De modo que el que quiera tocar hielo en estos «desiertos calcinados», como dicen los poetas, no tiene más remedio que venir a Coya Sur. Como aquí también debe acudir la gente que quiere pasarlo bien durante los días de fiesta que marca el calendario. Es que en la pista de nuestro Rancho Grande es donde se hacen los mejores bailongos de toda la comarca pampina. Y no porque lo digamos nosotros,

caramba, sino que lo acredita el hecho indesmentible de que cada fin de año, aniversario patrio o primero de mayo, una cantidad inmensa de pampinos de las otras salitreras se viene con familia y todo a holgar y parrandear en nuestros predios. Y, para que usted se vaya enterando mejor de cómo están las cosas por aquí, le vamos a decir que hasta esas mismas fiestas han terminado por constituir motivo de rencillas entre ambos territorios. Es que a través del tiempo esta rivalidad se ha ido acrecentando de tal forma, que ya no sólo abarca lo concerniente al deporte —fútbol, básquetbol, rayuela, box, dominó—, sino cualquier actividad que signifique competencia y trofeos, como festivales de canto, desfiles cívicos o concursos de reina de la primavera. Esto a nivel laboral, escolar, social y sindical. Pero hay más todavía, paisanito, porque le vamos a decir que ahora último los ímpetus competitivos entre ambos poblados han surgido incluso en cuestiones tan personales e íntimas como pueden ser los asuntos amorosos. Y ahí la animadversión bordea casi el homicidio. Es que las contiendas que se arman, tanto en María Elena como en nuestro campamento, a causa de las flechas envenenadas de Cupido son pan de cada día. Cuando por allá sorprenden a uno de nuestros Romeos cortejando a alguna Julieta ele-nina, es golpeado sin misericordia y correteado a pedradas por la pampa. En desquite, y como desagravio a tales ofensas, cuando en nuestros territorios cazamos in fraganti a uno de sus donceles tratando de enamorar a una ninfa coyina, el pobre desdichado no corre mejor suerte. Y eso, lejos de amilantar los ímpetus y la fogosidad de los ena-

morados, les acicatea la libido hasta lo suicida. Tanto así que los coléricos de nuestro campamento se pasan la vida compitiendo para ver quién conoce y conquista más niñas cuando van de visita a María Elena. En esto el que lleva la batuta es por supuesto el Choche Maravilla, rey indiscutible entre los que se las dan de rubio con las muchachas. Dicen y comentan las mujeres que el Choche Maravilla es de esos Casanovas que saben hablarles al paladar, y que sería capaz de enamorar a una barrera si ésta, perfumada y con faldas, se asoma a una puerta. Esto entre los más jóvenes, porque entre los galanes de la «primera adulta» el que se lleva las palmas es un famoso hombrecito apodado «El Conde», un tipo más bien feo y contrahecho que, junto con ser el árbitro más severo de Coya Sur, tiene fama de ser el mejor dotado entre los machos solteros. Un toro de lidia que además ostenta el récord inalcanzable para cualquier cristiano común y silvestre de haber hecho parir a cuatro hembras eleninas —dos solteras, una viuda y una casada—, y a la vuelta de un solo año. Pero es, en el fútbol, no cabe duda, donde la rivalidad llega a límites escandalosos. Ahí no hay tregua que valga. Son muy pocos los partidos, por no decir ninguno, que no terminan en verdaderas batallas campales. Cuando la batahola no se genera en el campo de juego, hace explosión en las tribunas, o estalla después en las famosas fiestas de recibimiento que se acostumbran a hacer para agasajar al equipo visitante. Ahí, en mitad de la velada, entre brindis de camaradería, discursos de buena crianza e intercambio de diplomas y galvanos recordatorios, comienza de pronto, casi de manera

inocente se diría, la competencia de voces y cantos de una mesa a otra, de una delegación a otra. Y en un dos por tres queda la zafacoca. Todo empieza cuando alguien de las visitas hace sonar la copa con una cucharilla y pide silencio, por favor, porque a pedido de sus compañeros «voy a entonar una canción dedicada con mucho respeto y agradecimiento a los anfitriones, por su gran cortesía y hospitalidad». Enseguida, no más de terminada la canción, desde el otro sector del local se pone de pie un representante de los dueños de casa y «este tema se lo dedico a las visitas, por todo el pundonor y caballerosidad que han demostrado dentro y fuera de la cancha». Si un delegado de los afuerinos se manda un bolero de Lucho Barrios, de esos para cortarse las venas a lo largo, el representante de los dueños de casa, para no ser menos, le responde con una sabrosa cumbia del colombiano Luisín Landaes. Si los de allá se mandan a cantar una ranchera, de esas bien gritadas, los de acá se despachan con la última de Paul Anka, en inglés y con coro. Todo esto entre una algazara de zapateos, aplausos y vivas a los cantores por parte de sus respectivas representaciones, a esas alturas ya inquietantemente achispadas. Es en estas verdaderas competencias musicales, ganchito, que nosotros tenemos el orgullo de decir que nunca han podido ganarnos. Y es la purita verdad. Porque sucede que los coyinos siempre hemos contado con las mejores voces de la zona, los más conspicuos intérpretes del canto popular, como el Washington Miranda, por ejemplo, el peinetón vocalista de The Gold White, el único conjunto musical electrónico de Coya Sur. También tenemos al ine-

fable Torito Cantor, un fornido maestro mecánico de mostachos negros y voz de tenor, que cuando se lanza a interpretar *Violetas imperiales* hace estremecer las paredes de calaminas del campamento entero. Además contamos con el famoso Juan Charrasqueado, el más bullicioso vecino de la calle O'Higgins, que a santo del más peregrino motivo arma fiesta en su casa, invita a todo el que pase frente a la puerta y se larga a guitarrear y a cantar sus llorados corridos mexicanos a cualquier hora del día o de la noche. Y para rematar tenemos al California, «el último romántico del mundo», como le gusta presentarse a él mismo; un cantor de fondas y cantinas que, con su imperecedero terno blanco y su melena de gitano flamenco, interpreta sus temas melódicos acompañándose con los cubiertos de la mesa y haciendo la mímica de los grandes cantantes de moda. Sin embargo, y pese a todo lo dicho, una cosa sí hay que reconocer hidalgamente: las estadísticas de triunfos y derrotas futboleras hace rato que nos dan la contra. Uno de los motivos es claro: como la oficina de contratación está en María Elena, ellos buscan, escogen y registran en sus planillas a los mejores deportistas que caen por la zona. O se las arreglan en forma descarada para conseguir el traslado, con mayor sueldo y mejores regalías, a cualquier trabajador de otro campamento, hombre o mujer, que sobresalga en algún deporte o actividad artística. A todo esto, claro, hay que sumar el agravante de que nuestros jugadores, como dice don Agapito Sánchez, el entrenador de nuestra selección, son niños más bien relajados y dados a la jarana (aunque él no es ningún ejemplo digno de imitar, cla-

ro). Pero no le falta razón a don Agapito, porque los de ahora no se parecen en nada a los bizarros jugadores de antes, que esos sí que eran verdaderos deportistas, caramba. Estos bribones de ahora entrenan tarde, mal y nunca; los sábados se van de malón, y los domingos, los siete u ocho que se presentan a jugar por sus respectivos clubes, llegan directo del fandango a la cancha, trasnochados y borrachos como taguas. Si es cosa de ver nomás el lastimoso espectáculo que dan en los descansos componiendo el cuerpo con jarradas de vino con harina, o con esos ajiacos que sus mismas mujeres, cariñosas y mal acostumbradoras como son, les llevan a los mismos camarines. Además, para qué vamos a decir una cosa por otra, la mayoría de los jugadores son unos picados de la araña, unos crá-pulas exageradamente dados al merequetengue carnal. Como el Choche Maravilla, por ejemplo, que tiene por cábala la promiscua y muy debilitante costumbre de mandarse dos polvos al hilo la noche antes de cualquier partido, todo porque la primera vez que lo hizo, al día siguiente se mandó dos goles espectaculares. De modo, amigo mío, que el resultado del encuentro de ayer con los Cometierra, de ninguna manera fue una novedad. «Jugamos como nunca y perdimos como siempre», como acotó ácidamente el paco Concha, arquero suplente de la selección, que entró en los últimos diez minutos de juego. Y es que además de ganarnos a última hora con un gol del Pata de Diablo (el hijo de puta siempre nos hace goles de pelotas muertas), un gol que al paco se le coló por entre las piernas (le hicieron «el Papanicolau», como dice Cachimoco Farfán cuando a alguien le

pasan la pelota por entre las piernas), los cabrones le pegaron al árbitro y lesionaron a dos de los nuestros: le molieron una rodilla al Chambeo Cortés, nuestro máximo artillero, y casi mataron de un caballazo a Tarzán Tirado, el arquero titular. A éste hubo que llevarlo al hospital, en donde le diagnosticaron dos costillas fracturadas, lo enyesaron de la cintura para arriba y lo dejaron hospitalizado con reposo absoluto. Más encima, hasta nos dieron barraca con las canciones, pues el único cantor que pudo acompañarnos fue Washington Miranda. Torito Cantor llevaba cuatro días aquejado de un raro ataque de hipo que ni siquiera lo dejaba ensayar la escala musical de corrido; a Juan Charrasqueado fue imposible sacarlo del Rancho Huachipato, donde se hallaba parapetado con media docena de amigotes tras una mesa abarrotada de botellas de vino; y el California, nuestra mejor carta de triunfo, andaba de vacaciones en la ciudad de Antofagasta. Y como corolario, al finalizar la despedida, tras el clásico intercambio de diplomas, discursos y abrazos, por puro y perverso gusto, estos «conchas de sus ganglios linfáticos», como dice Cachimoco Farfán, nos hicieron cagar a pedradas las ventanillas del Galgo Azul, la única góndola que tenemos para transportarnos a las otras oficinas, ¿qué le parece, paisita?

Todo eso le contamos a Expedito González, hablando a borbotones y casi atragantándonos de puro ansiosos. Se lo contamos sentados en una mesa del Rancho Huachipato, adonde los llevamos a almorzar, a él y a la Colorina, para ver si po-

díamos convencerlo de que se quedara en el campamento hasta el domingo.

En realidad, más que invitarlos, prácticamente los arrastramos hasta allí. Y es que al terminar su exhibición, mientras la mujer guardaba todo en la maleta con suma delicadeza, como si de verdad fueran los objetos de una liturgia sagrada, él, tras contar las monedas recolectadas en la cajita de Ambrosoli, encendió un cigarrillo y, sin dejar de dar resoplidos de toro, preguntó cuál era el poblado más cercano hacia el norte. Que ellos tenían que seguir su camino de inmediato. Y sin esperar respuesta, con el cigarrillo humeando en la boca, masculló que este pueblito había resultado ser tan chico y sus habitantes tan poco desprendidos, que sólo daba para una presentación.

Su voz nos sonó extrañamente ronca.

Cuando alguien le dijo que lo más cercano era la oficina María Elena, ahí, a sólo siete kilómetros de distancia, a nosotros se nos fue la sangre a los talones y nos dijimos, apabullados, que ni locos, que ni cagando debíamos dejar que ese genio de la pelota cayera en manos de los Cometierra. De alguna manera había que retenerlo, hacer que se quedara en el campamento. Aunque fuera a la fuerza. Entonces fue el Pata Pata quien de nuevo abrió la jeta para decir que esos dos casposos de seguro no habían comido en todo el día, que estarían por morderse los codos de hambre, y que, por lo pronto, lo que teníamos que hacer era invitarlos a almorzar. «Después vemos qué más se nos ocurre», dijo.

Instalados en el Huachipato —a esas horas desierto si no fuera por los cuatro electricistas que bebían abstraídos y silenciosos en la mesa más oscura

del fondo—, mientras observábamos a nuestros invitados devorar sus olorosas cazuelas de vacuno enverdecidas de cilantro, y darle el bajo a los proletarios porotos con ají color de los días lunes, tratamos de convencerlos de que, por lo menos, se quedaran hasta el jueves, día de supe. Que aquí la gente, como en todas las oficinas de la pampa, vivía la semana completa de fiado, pero que en día de plata era muy desprendida y generosa. Ya verían ellos cómo la cajita se les atosigaba de monedas. Mientras cada uno de nosotros se atropellaba por hablar y hacerse oír por sobre los otros, el Fantasista de la pelota blanca, comiendo y bebiendo a la vez, con la servilleta puesta de babero, no hacía sino clavarnos su mirada de orate como si no entendiera un carajo o le importara un pito lo que decíamos. Lo más que hacía era responder con melancólicos monosílabos acompañados de la palabra «parientito», apelativo con que trataba a sus prójimos: sí, parientito; no, parientito; tal vez, parientitos. En tanto ella, masticando como las lauchitas, sin levantar la vista del plato, se veía más interesada en la letra de la canción mexicana que emergía de los parlantes que en otra cosa.

Entre las personas que esa tarde acompañábamos a la pareja estaba el entrenador de nuestro seleccionado, don Agapito Sánchez, que trabajaba de dependiente en la sección tienda de la pulpería; el Pata Pata, encargado del sindicato y «consejero de la selección de fútbol», como se autodenominaba pomposamente; don Celestino Rojas, presidente de la Asociación Deportiva y, para muchos, la muña del equipo, cuya mayor gracia era ser el padre de una de las niñas más lindas de la pampa (de la que el

Tuny Robledo, nuestro más joven centro *forward*, era su eterno enamorado); don Silvestre Pareto, cuidador de las plazas, encargado de la cancha y envenenador de perros; Juanito Caballero, utilero de la selección, cuya principal característica —además de una caballerosidad que honraba su apellido— era su estrambótico peinado: penosamente trataba de cubrir su calvicie llevando sus pocos pelos desde el aladar izquierdo hacia el casco de su cráneo, dibujando con ellos unos extraños arabescos fijados con laca; el Choche Maravilla, obrero mecánico, quien se las arreglaba de cualquier manera para pasar la mayor parte del año tirado a la bartola con licencia médica; el Viejo Tiroyo, un anciano licenciado que vivía en el pasaje de los solteros y cuya única gracia, según él mismo confesaba, era ser «un putero fino»; y a última hora, cómo no, se pegó a la comitiva el loco Cachimoco Farfán. «¡Así que los mucomembranosos, hijos de la gran pústula maligna, se querían ir a tomar solos», llegó despotricando con su salivosa voz de locutor esquizofrénico.

Cuando nuestros invitados saboreaban sus grandes vasos de huesillos con mote, el más tradicional de los postres pampinos, nosotros terminamos de contar —dirigiéndonos nada más a él, pues ella parecía estar sola en la mesa y en el mundo— todo nuestro drama futbolístico. Narración que don Celestino Rojas finiquitó diciendo, de la manera más educada y convincente posible, que lo que nosotros por último pretendíamos, «y perdone usted la confianza, amigo Expedito», era solicitarle, con mucho respeto, que barajara la posibilidad de quedarse en el campamento hasta el próximo domingo y jugar por nuestra selección.

«Con un genio como usted vistiendo nuestra camiseta», remachó don Celestino Rojas, «estamos seguros de matar el chuncho y ganarle de una buena vez a nuestros rivales de toda la vida».

Como hasta la hora de la agüita de yerbas todavía no veíamos ninguna reacción favorable por parte del hombre, echamos mano entonces, como último recurso, al inmenso drama social y humano que se nos avecinaba.

Teníamos que apelar a sus sentimientos, no nos quedaba otra.

Y para eso, aparte de pedir unas buenas botellas de vino del «Sonrisa de León», pusimos a hablar a los más lenguaraces del lote, esos que parecían saber más que las culebras y eran capaces de sacar agua de las mismas piedras; los mismos que acostumbraban a discutirle a la jefatura y a tomar la palabra en las más calientes asambleas sindicales (esto antes del golpe militar, claro, porque después las reuniones se transformaron en meramente informativas, y nadie se atrevía a pedir la palabra, ni siquiera para preguntar la hora).

Estos próceres, manejando el verbo y la emoción con un histrionismo digno de los más conspicuos políticos antiguos —de esos radicales, bomberos y masones—, con palabras disparadas directo al corazón, le dijeron con voz quebrada, sollozando casi, que mirara a su alrededor el compañero Expedito, que mirara, por favor, la muy distinguida dama, que esas mesas que veían en torno a ellos, tan ordenaditas y pulcras, con sus floreritos de botellas y sus manteles de hule estampado, que esa música mexicana tan sentida que se escuchaba en el tocadiscos dándole ambiente al lo-

cal, que este mismo acogedor local en donde ahora estaban comiendo y departiendo de tan amigable manera, tal vez en pocos días ya no estarían más, no existirían más, se habrían desvanecido en la nada. Incluso, este mismo «pueblito», como usted, compañero, llama a nuestro querido campamento, quizás en menos tiempo de lo que nosotros mismos nos imaginamos, iba a desaparecer del mapa, iba a desaparecer con sus plazas, con su biógrafo, con su torre de reloj, con su parroquia y con todas esas casas que, aunque construidas de palo y calaminas aportilladas, sus moradores, hombres y mujeres de lucha, habían sabido impregnarles calor y dignidad de hogar. Que la compañía, pese a todos los esfuerzos desplegados por los nuevos dirigentes, había decidido —para ahorrar costos, según reclamaban sus abogados vestidos de negro y con cara de pájaros carroñeros— eliminar el campamento y llevar a sus trabajadores a vivir a otra salitrera. Lo más trágico del asunto, paisanito, era que ni siquiera pensaban dejarlo en pie, como uno más de esos centenares de caseríos fantasmas desperdigados a través del desierto, sino que lo iban a desarmar, lo iban a dismantelar, y las calaminas y los palos de sus casas los iban a vender como chatarra. Eso para los coyinos resultaba particular y doblemente doloroso, porque aquí todos éramos amigos de todos; el campamento era tan pequeño, sus seis calles tan cortas y compactas, que nos conocíamos uno al otro casi de memoria. Cada uno de nosotros sabía de los sueños y esperanzas de su vecino, de sus triunfos y derrotas, de sus vicios y virtudes. Más todavía, compañero Expedito, pues encima de conocernos de años, con el

tiempo nuestras familias se habían ido entramando hasta terminar siendo todos familiares de todos. El campamento entero no era sino una sola y gran familia. Si no éramos padres, hijos, hermanos, sobrinos o primos, estábamos emparentados como yernos, nueras, cuñados, concuñados, suegros, compadres o padrinos.

—¡O, por último, como hermanos de leche!
—acotó sarcástico el Choche Maravilla.

Pero el artista de la pelota nos seguía mirando como si fuésemos de otro planeta. Impertérrito, con su cintillo araucano, que no se sacaba para nada, parecía un indio tallado en piedra caliza.

En verdad, costó ese primer día hacer hablar al piruetista. El hombre cantaba menos que una almeja, como se dice por ahí. Era tan parco en palabras, que en un instante el Viejo Tiroyo se le acercó al Pata Pata para decirle al oído:

—Este cabrón es tan silencioso, cumpita, cuesta tanto sacarle una palabra, que en vez de Expedito González debería llamarse Elpedito Nosale.

Sin embargo, tras haber dado de baja unos cuantos botellones de vino —que, junto con la comida de los invitados, fiamos «hasta el jueves, sin falta, señora Emilia, usted sabe»—, y cuando ya anochecía en el cielo de la pampa, al hombrón por fin se le aflojó un poco la lengua.

Que, en realidad, parientitos, dijo, íbamos a tener que disculparlos un poco, pero ellos iban en dirección a Tocopilla. Y más o menos apurados. De modo que era difícil que se quedaran con nosotros una semana entera. Además, la parientita quería partir cuanto antes, pues estos calores la andaban trayendo con unos bochornos muy raros.

Que justamente por eso se bajaron del camión de acoplado en que venían desde Chañaral. Pues llegó un momento en que ella, desesperada, no aguantó más la canícula de la cabina y quiso lanzarse del vehículo en marcha. Todo eso ocurrió justo enfrente de un desvío de tierra que llegaba hasta este campamento. Y para terminar de rematarla, dijo, en Copiapó les habían robado la mochila en la que llevaban la ropa de ambos.

—Andamos con lo puro puesto —terminó diciendo.

En esos momentos la Colorina, que oía todo en silencio —o sólo oía la música de los parlantes—, se sacó el chicle que se había pegado detrás de la oreja, se lo metió de nuevo a la boca y, sin pedir permiso ni nada, se paró para ir al baño. La mujer, que nosotros calculamos tendría unos veinticinco años, poseía un rostro anguloso y agraciado, pero como velado por una expresión ida. En medio de una constelación de pecas, y casi cubierto por su crespa melena roja, sus pequeños ojos verdes parecían brillar a media luz. «Como dos ampolletitas de bajo voltaje», metafóricamente don Celestino Rojas, que además de presidir la Asociación de Fútbol, y ser el diácono de la parroquia, tenía aspiraciones literarias. Todos los años, para la fiesta de la primavera, participaba en el concurso de canto a la reina; aunque jamás había sido galardonado. Admirador del movimiento futurista, sus metáforas y comparaciones tenían que ver todas con elementos de la industria, las máquinas y las fábricas. «Por eso no ganas», le había dicho su mujer en el último concurso. «A ti nomás se te ocurre comparar a la reina con la locomotora Diesel número 22».

Mientras la pelirroja volvía, Expedito González nos informó que la parientita sufría de amnesia, que no recordaba ni su nombre y no tenía ningún documento. La había encontrado hacía un par de meses vagando en un pueblo del sur, y luego de invitarla a cenar no se le despegó más de la pretina. La única pista con que contaban para descubrir su identidad, era que en sus sueños ella repetía siempre «Tocopilla». Por eso creían que en ese puerto podían hallar la clave; incluso encontrarse con algún familiar.

—Lo que pasa es que queremos casarnos —dijo—. Y sin papeles no se puede.

Mientras el hombre hablaba, el Viejo Tiroyo se acercó a don Agapito Sánchez y le dijo por lo bajo que a él le tincaba haber visto a esa pájara antes, en alguna parte.

Al final de la jornada, el Fantasista cedió un poco. Dijo que por lo bien que los habíamos tratado, se quedarían en el campamento un par de días. Ahora mismo no podía decirnos si hasta el domingo. Ya se vería más adelante. Eso iba a depender de cómo se sintiera la parientita.

—Pero, por sobre todo —dijo, y se echó hacia atrás en la silla y exhaló el humo de su cigarrillo con gran pompa—, va a depender de cómo se porte la gente con las contribuciones.

Aquella noche la pareja durmió sobre la mesa de billar en el salón del Sindicato de Obreros.

¡Buenos días, señoras y señores; buenos días, amables oyentes; pacientes todos, muy buenos días. Les habla como siempre su amigo Cachimoco Farfán, el más rápido relator deportivo de Coya Sur, el más rápido relator de la pampa salitrera, fenilanina hidrolasa y la purga que me parió, el más rápido relator del mundo después del maestro Darío Verdugo, por supuesto que sí, aquí estoy con ustedes, temprano por la mañana en este domingo esquizofrénico de sol, cataléptico de sol, aquí estoy, señora, señor, colorado, acalorado, sudando un mierdoso sudor espeso como medicamento, aquí estoy como siempre con mi leal herramienta de trabajo (este micrófono que unos carrilanos otopiorrentos me habían escondido ayer por la noche en el Rancho Huachipato), aquí estoy, señoras y señores, con las mismas ganas de siempre para llevar hasta ustedes los pormenores previos de lo que será esta memorable justa deportiva, el último partido jugado en nuestros dominios, el último partido que nuestra querida selección blanco-amarillo jugará como local, el último partido antes del fin del mundo para nosotros, por eso me encuentro aquí, en plena pampa rasa, bajo este sol albino, jumentoso de calor, vestido con este traje negro, este traje de muerto que demuestra todo mi duelo y mi congoja en este día tan especial para los coyinos, aquí me encuentro, a la orilla de nuestra querida cancha, nuestra gloriosa

cancha llena de tantos recuerdos lindos, de tantas alegrías inolvidables, de tantas penas también, por qué no decirlo, aquí estoy, aún solitario, acompañado sólo por las sombras de unos jotes que han comenzado a planear chancrosamente en el cielo, como anunciando la muerte, como presagiando el abandono y la desolación que caerá sobre este terreno de juego en donde estoy transmitiendo ahora para ustedes, completamente solo, como les digo, si no fuera por la sombra de esas aves agoreras y por la figura raquítica del hombrecito rayador de la cancha que en estos momentos acaba de llegar; sí, señora; sí, señor; sí, queridos radioescuchas, ahí ya vemos al anciano, ahí ya lo vemos encorvado como un campesino sacando papas en el desierto, con su destartalada carretilla de mano cargada de salitre, nuestro preciado oro blanco con que va remarcando las líneas; sí, amables pacientes, aquí ya está el nunca bien ponderado don Silvestre Pareto, que además de ser un buen rayador de canchas, es también, según las lenguas viperinas, el más implacable envenenador de perros al servicio del departamento de Bienestar; según estas lenguas gangrenosas, don Silvestre Pareto, con sus albóndigas envenenadas, ha exterminado más perros que judíos mataron los nazis allá por las Alemanias, ha matado más quiltros que cristianos mató la peste negra allá por las edades medias; pero en el fondo es buena gente este anciano, este hombrecito callado y eficiente como un estafilococo, siempre servicial, siempre atildado, siempre al pie del cañón, como ahora, en que al igual que todos los domingos del año, ya se encuentra trabajando en su «chacrita», como llama él a nuestro reducto deportivo (recordando tal vez los campos de sus sures natales), ahí está rayando y amononando la

cancha en donde, según dice llorando y moqueando cada vez que se emborracha, quisiera ser enterrado el día que entregue la herramienta, el día que cague pistola, el día que se pruebe el terno de madera, el día que la santa de su mujercita —como lo joroban los borrachos en los ranchos— termine envenenándolo como a un perro con sus propias albóndigas de estricnina servidas de almuerzo; sí, señora; sí señor, ahí está nuestro buen amigo Silvestre Pareto, bajo este sol purulento, comenzando a remarcar el círculo central con el pulso digno de un cirujano marcando la panza de una parturienta para proceder a una cesárea, ahí está trazando al puro ojo esa redondela cuyo centro es exactamente el lugar en donde este viejo otopiorrento quisiera que sepultaran sus congofílicos restos mortales, fenilanina hidrolasa y la purga que lo parió!